

SALIR DEL ESTANCAMIENTO

CON rapidez y decisión políticas propias de una operación madurada con gran estilo político, el Rey don Juan Carlos ha iniciado ayer el relevo del jefe del Gobierno anterior a la Sucesión. La causa del cese de don Carlos Arias no hay que buscarla, sin embargo, en la circunstancia de haber sido escogido para el cargo antes de la coronación, sino en la incoherencia política entre los objetivos democratizadores asumidos por la Monarquía y la falta de empuje reformista por parte del presidente del Gobierno.

Tras la sucesión, la continuidad del señor Arias al frente del Gobierno quedaba obviamente condicionada por la voluntad y capacidad del presidente para asumir y concluir una transición política desde la legalidad hacia la democracia; gradual y con orden, pero clara, decidida, rápida y tendente a articular los mecanismos que permitan en la práctica una Monarquía democrática y representativa. Pues bien, los evidentes méritos personales y la manifiesta voluntad de servicio de don Carlos Arias no pudieron evitar que terminara por personificar las contradicciones, incoherencias y limitaciones de una reforma sujeta a numerosas ambigüedades, cortapisas y frenos.

Quien tenía que ser motor de una reforma decidida pareció a veces sensible a impulsos provenientes de centros de resistencia a la reforma. El último discurso del presidente saliente abrió un foso entre éste y la oposición globalmente, hecho que, por otra parte, revelaba también mayor contradicción con posturas más liberales dentro del Gobierno. Ya en los últimos meses, los rumores constantes de crisis ministeriales y el clamor en favor de una clarificación, hacía inevitable y deseable la constitución de un nuevo Gobierno.

La aceleración de la crisis económica ha venido a sumarse a una situación política incierta. Entre Gobierno y oposición aumentaban las distancias, en vez de tenderse puentes. La reforma política se venía perfilando con lagunas y carencias que la ponían en entredicho y que ya hacía prever una segunda ola de reformas, una «reforma de la reforma». La lentitud, en fin, amenazaba convertirse en un factor peligroso de inestabilidad política y de erosión de la misma institución monárquica. Mientras, los problemas reales del país están a la espera, insostenible, de que se definan unas formas válidas de convivencia democrática.

La decisión de don Juan Carlos es coherente con el cuadro político y tiende a desbloquear la situación de «impasse». Había que terminar rápidamente con el peligro de que la división en el seno del Gobierno, las ambigüedades y contradicciones de la política Arias terminaran por extenderse a instituciones básicas que son garantía de convivencia y orden. Téngase en cuenta, finalmente, que no se trata de la simple sustitución de una persona por otra aún desconocida. Se trata de que el nuevo presidente y su Gobierno asuman plenamente la búsqueda de una solución democrática para España, claramente señalada en el discurso de la Corona.

Se barajan nombres y se alude a la eventualidad de una personalidad militar. No es esto lo decisivo. Lo importante es que, militar o civil, la persona que asuma la Presidencia del Gobierno se proponga sacar rápidamente al país de una situación de estancamiento. Su misión no será ocupar un sillón durante un prolongado periodo de tiempo, sino concluir una reforma profunda y rápida, destinada a proporcionar un cuadro institucional representativo, condición para la estabilidad política.